

Evangelio del domingo: la Ascensión

Comentario de la Solemnidad de la Ascensión del Señor (Ciclo C). “Mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo”. Jesús alimenta nuestra esperanza del gozo eterno cada día en la Santa Misa, haciéndonos partícipes de su Resurrección y Ascensión.

Evangelio (Lc 24,46-53)

Y [Jesús] les dijo:

— Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los

muertos al tercer día, y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto.

Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios.

En estas palabras de Jesús, con las que termina el Evangelio según san Lucas, se comprendían los grandes

temas que están en el corazón de la fe y la misión de la Iglesia: Cristo murió y venció la muerte, para que todos se salven. El «éxodo» del que Jesús hablaba con Moisés y Elías en la transfiguración (cf. Lc 9,31), se ha cumplido en Jerusalén. Desde allí envía a los apóstoles, revestidos con la fuerza de aquel «al que mi Padre ha prometido», es decir, el Espíritu Santo, a predicar en todo el mundo la conversión para el perdón de los pecados (vv. 46-49).

Ellos fueron testigos de «todas estas cosas» (v. 48), ya que vieron la crucifixión y a Jesús Resucitado, así que pueden entender las Escrituras que hablan del misterio de Cristo, del Hijo de Dios hecho hombre, muerto por nosotros y resucitado, vivo para siempre y garantía de nuestra vida eterna. «Este es el testimonio –hecho no sólo de palabras sino también con la vida cotidiana, dice el Papa Francisco–, el testimonio que cada

domingo debería salir de nuestras iglesias para entrar durante la semana en las casas, en las oficinas, en la escuela, en los lugares de encuentro y de diversión, en los hospitales, en las cárceles, en las casas para ancianos, en los lugares llenos de inmigrantes, en las periferias de la ciudad... Este testimonio nosotros debemos llevarlo cada semana: ¡Cristo está con nosotros; Jesús subió al cielo, está con nosotros; Cristo está vivo!»[1].

«Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría» (vv. 50-52). La reacción de los Apóstoles es sorprendente, lo más lógico es que se sintieran desconcertados y abrumados, porque Jesús se estaba separando definitivamente de ellos y se quedaban solos en la tierra, con

una tarea por delante que superaba por completo sus fuerzas y capacidades, y, a la vez, debiendo afrontar las mismas dificultades con las que se había encontrado el Maestro, Además, si todas las despedidas son penosas, el adiós definitivo de Jesús en este mundo, los debería haber llenado de tristeza. Sin embargo, ¿cómo es posible que «regresaran con gran alegría» (v. 52)?

Benedicto XVI hace notar que si los discípulos vuelven alegres es porque «no se sienten abandonados; no creen que Jesús se haya como disipado en un cielo inaccesible y lejano. Evidentemente, están seguros de una presencia nueva de Jesús. (...) La alegría de los discípulos después de la “ascensión” corrige nuestra imagen de este acontecimiento. La “ascensión” no es un marcharse a una zona lejana del cosmos, sino la permanente cercanía que los discípulos experimentan con tal

fuerza que les produce una alegría duradera»[2].

A la vez, están alegres porque son conscientes del gran bien que esa Ascensión trae consigo para toda la humanidad que, en Cristo, está llamada a participar de la gloria de la divinidad. Por eso, dice San León Magno, «cuando el Señor subió al cielo, los apóstoles no sólo no experimentaron tristeza alguna, sino que se llenaron de gran gozo. Y es que en realidad fue motivo de una inmensa e inefable alegría el hecho de que la naturaleza humana, en presencia de una santa multitud, ascendiera por encima de la dignidad de todas las criaturas celestiales, (...) por encima de los mismos arcángeles, sin que ningún grado de elevación pudiera dar la medida de su exaltación, hasta ser recibida junto al Padre, entronizada y asociada a la gloria de aquel con cuya naturaleza divina se había

unido en la persona del Hijo»^[3]. Con la Ascensión de Jesús se alimenta nuestra esperanza de participar también en la plenitud de vida junto a Dios en la gloria celestial.

[1] Papa Francisco, *Regina coeli*, Domingo 8 de mayo de 2016.

[2] Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección* (Encuentro, Madrid 2011), cap. 9.

[3] S. León Magno, *Sermo 1 de ascensione Domini*, 4.

Francisco Varo

opusdei.org/es-gt/gospel/evangelio-pascua-soleminidad-ascension-ciclo-c/
(17/01/2026)